

Revista *Presente*.
Breve análisis sobre una publicación
extemporánea

OSMAR GONZALES ALVARADO

aaaa

Reseña

Me quiero referir en esta oportunidad a la revista *Presente* (en el primer número con el subtítulo *Periódico inactual*; en el segundo *Revista de Arte, Literatura, Crítica*), poco comentada por los estudiosos. Su comité de redacción lo componían el poeta César Barrio, el historiador Jorge Basadre, el crítico musical Carlos Raygada, el escritor Luis Alberto Sánchez y el educador Alcides Spelucín. Tuvo efímera vida, solo salieron tres números entre julio de 1930 y el segundo semestre de 1931, donde ya aparece como director Carlos Raygada. Lamentablemente, en la Biblioteca Nacional del Perú solo se conservan dos números, el primero y el tercero, pero ambos son suficientes para calibrar la importancia de esta publicación.

En sus líneas de presentación («Presente») de su primer número, los editores se ubican en una franja tempo-cultural intermedia. Advirtiendo que no se trata de una camarilla, dicen: «No se busca la solubilidad de gentes disímiles sino algo más sencillo: la capacidad de asociación de quienes, a pesar de esa disimilitud, tienen en común el hecho de no haber llegado aún a la ancianidad habiendo pasado ya de la primera juventud, y el inextinguible amor a la cultura» (p. 2).

Esbozo la trascendencia de la revista muy rápidamente. En la primera entrega, además de una sentida rememoración de Sánchez sobre José Carlos Mariátegui, se encuentran firmas de alta significación de las letras y pensamiento social peruanos como las de Enrique Bustamante y Ballivián, Emilio Romero, José María Eguren, Estuardo Núñez, Martín Adán, Cristóbal Meza. También es conmovedora la carta enviada desde Nueva York por Waldo Frank a raíz de la muerte de Mariátegui; y llaman la atención un fragmento del cuento de José Diez Canseco, «Kilómetro 83», un adelanto del libro de Jorge Basadre, *Iniciación de la República*, y notas sobre arte de Carlos Raygada.

En la tercera entrega, se puede leer un comentario de Honorio Delgado al libro *La realidad nacional* de Víctor Andrés Belaunde, quien también colabora con un artículo sobre «Fe y tolerancia», así como textos de José Jiménez Borja, Luis E. Valcárcel, Héctor Velarde, un poema de Carlos Oquendo de Amat, y apuntes de Alcides Spelucín, Jorge Basadre, entre otros.

Otras secciones son aquellas que dan cuenta de la actividad artística y literaria en Lima.

Para contextualizar esta publicación debemos recordar que apareció luego de la caída de Augusto B. Leguía en 1930, que dio fin a su largo oncenio, y en el inicio del gobierno autoritario de una Junta de Gobierno presidida por el militar Luis M. Sánchez Cerro. Se iniciaba una década oscura en la vida política y cultural peruana; la revista *Presente*, no lo sabían entonces sus redactores, sería una de las últimas expresiones de la intelectualidad y la creatividad libre del Perú. No pretendo ser exhaustivo en esta presentación, solo abordo algunos artículos de cada número, lo suficientemente representativos para darnos una idea de la calidad e importancia de *Presente*.

En primer lugar, analizo el artículo que Sánchez escribió en homenaje a Mariátegui; en segundo lugar, presento el comentario de Delgado a un libro de Belaunde. Termino con unas breves palabras de reflexión.

La agonía de Mariátegui, según Luis Alberto Sánchez

Usualmente, cuando se aborda la relación que Luis Alberto Sánchez¹ mantuvo con José Carlos Mariátegui, se lo hace considerando la militancia aprista del primero ubicándolo como un antagonista del Amauta, tal como lo fue Víctor Raúl Haya de la Torre y otros líderes apristas a partir de 1928. Pero esta lectura es extemporánea, pues no se suele considerar que mientras Mariátegui tuvo vida, Sánchez aún no se había inscrito en el APRA, y que recién lo haría en 1931, luego del regreso del exilio del líder trujillano al Perú.²

Debemos tener en cuenta, para un análisis desapasionado, que entre 1923 (cuando regresó Mariátegui al Perú) y 1930 (año de su muerte), Sánchez vivía exactamente entre los 23 y 30 años de edad, es decir, los de plena maduración personal e intelectual. Por ello no es de extrañar las sentidas palabras de homenaje a quien fuera su amigo cercano publicadas en la revista *Mundial* el 26 de abril de 1930. Pero no solo eso, hay otro texto de Sánchez aparecido en el primer número de la revista *Presente. Periódico Inactual*, de julio de 1930, titulado «Datos para una semblanza de J. Carlos Mariátegui», en el que ofrece, como su título lo indica, una apreciación de la importancia de la vida y el pensamiento del autor de *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*.³

En estas líneas quiero centrarme en el mencionado homenaje de Sánchez a Mariátegui.⁴

El prolífico escritor inicia con estas palabras de tono contundente: «Todo periódico –revista, hoja– que aparezca en el Perú, tendrá por fuerza que referirse a la personalidad, la obra y el eco de José Carlos Mariátegui...» (p. 1, c. 1). Y señala que no basta referirse a él como socialista o revolucionario sin aludir al hombre mismo que fue. Está en desacuerdo con la afirmación del arequipeño Jorge Núñez Valdivia, quien en su trabajo «Mariátegui marxista», decía que este «murió a tiempo para dejar que la obra del grupo

1 Luis Alberto Sánchez nació en 1900, año simbólico de la primera generación del siglo XX en el Perú. Ligado primero a las ideas del arielismo, pronto asumiría las ideas renovadoras de la generación de 1921, la radical y contestataria encabezada por Mariátegui y Haya de la Torre. Es quizás el autor más prolífico del Perú y sus textos abordan disciplinas como la historia y la literatura. Desde inicios de los años treinta asumiría la militancia en el Partido Aprista, destacando como uno de sus líderes más influyentes.

2 Agradezco los comentarios y sugerencias de Ricardo Melgar Bao. Esta sección fue publicada en: Pacarina del Sur - <http://www.pacarinafelsur.com/home/huellas-y-voces/989-la-agonia-de-mariategui-segun-luis-alberto-sanchez> - Prohibida su reproducción sin citar el origen.

3 Reproducido en Manuel Aquézolo (compilador), *José Carlos Mariátegui-Luis Alberto Sánchez. La polémica del indigenismo*, Mosca Azul editores, Lima, 1976.

4 «Datos para una semblanza de J. Carlos Mariátegui» es un extenso artículo escrito a cinco columnas que ocupa la parte superior de la primera página y la totalidad de las páginas 14, 15 y 16.

socialista se desarrolle libremente». Para Sánchez, por el contrario, «nada más prematuro que su muerte» (p. 1, c. 2).

Sánchez destaca que Mariátegui desarrollaba una tarea «que no sé quién la pueda continuar», y es la de agrupar a personas por razones importantes olvidando discrepancias menores, fueran o no socialistas como por ejemplo Martín Adán, y, se puede agregar, a Eguren y al propio Sánchez. Este veía en el plan de Mariátegui un sentido «profundamente político»: «Los que, en una falta absoluta de sentido realista y político, pretendan barrer hacia afuera, cuando todavía no hay mucho que guardar adentro, demostrarán mayor celo doctrinario y apostólico si se quiere, pero menor tacto político. Y esa es una de las razones que, a mi juicio, hacen más lamentable la ausencia de Mariátegui» (p. 1, c. 2). Llama la atención el énfasis que pone Sánchez en destacar la agudeza política de Mariátegui, más aun si tomamos en cuenta que Haya de la Torre y otros pensadores apristas le negaban sistemáticamente esa cualidad, motejándolo de fantasioso. Incluso el propio Sánchez publicaría pocos años más tarde el libro *Raúl Haya de la Torre o el político*,⁵ en donde presenta la figura del líder aprista como excluyente en la vida política peruana de aquellos años.

Iniciando el bosquejo biográfico de Mariátegui, Sánchez repite el error inducido por el propio pensador socialista, al afirmar que este nació en Lima en 1895, pero guarda una especial sensibilidad ante la prematura enfermedad de Mariátegui manifestada en Huacho. «Desde entonces quedó lisiado, con una pierna encogida. Padecía frecuentes crisis que lo ponían al borde de la muerte» (p. 1, c. 3). Nuevamente el contraste. Un tono muy diferente a las líneas irónicas firmadas por Haya de la Torre quien se burlaba «de sus fiebrejillas diarias» en cartas que algunos sostienen redactaba Magda Portal. Y ella misma tuvo expresiones crueles acerca del padecimiento de Mariátegui.

Mariátegui en el diario *La Prensa*, rememora Sánchez, llevaba cuartillas al taller y observaba desde lejos a las figuras de entonces: José María de la Jara, Leonidas Yerovi, Luis Fernán Cisneros, además de a Abraham Valdelomar. Y al mismo tiempo tomaba distancia del universalismo y el continentalismo retórico del arielismo, dice Sánchez, quien sostiene que probablemente en ese momento naciera el anti universalismo y el anti pseudo americanismo de la generación del 900. Hacia 1912 Mariátegui ya redactaba algunos sueltos. Socialmente, se vivía la inquietud que despertaba en las calles la figura de Guillermo Billinghurst, de quien Valdelomar, «trocado en capitulero sanmarquino», fuera su más inteligente y tenaz seguidor. En 1914 adviene el golpe de Estado y el militarismo toma el poder: «Fecunda lección para el aprendiz de periodista y de político» (p. 14 c. 1), advierte Sánchez.

Junto a More y Valdelomar paseaba Mariátegui por el centro de Lima. Era frecuente verlos irrumpir en el Palais Concert, el lugar de moda entonces, frecuentado por artistas, escritores y bohemios. Aprovecha Sánchez para describir a Mariátegui con su bastón bajo el brazo, con su voz chillona, risa aguda, hablando con afectación y utili-

5 Luis Alberto Sánchez, *Raúl Haya de la Torre o el político*, Editorial Ercilla, Santiago, 1934

zando palabras rebuscadas; nos informa también que el entonces muy joven periodista tenía como su cóctel favorito el americano y que las carreras de caballos era su deporte favorito. Dice Sánchez que su estimado amigo tenía una actitud teatral hacia la vida, que frecuentaba bailarinas, violinistas y pintores, y que sucumbió a los paraísos artificiales; que enamoraba románticamente a una muchacha aficionada al arte y que escribía versos «entre místicos y herreraeissignianos».⁶

Posteriormente, Mariátegui buscaría paz espiritual en el Convento de los Descalzos, quizás cansado «de tanto decadentismo y superficialidad»; buscaba algo más en lo ultraterreno. Analiza Sánchez: «Para la agonía de Mariátegui, la carrera de caballos significaba una liberación en su afán de aventurería» (p. 14, c. 3). «La agonía de Mariátegui», es la primera vez que alguien se refería así a la lucha vital del pensador socialista, y es título célebre del que quizás es el mejor libro que dejó el historiador Alberto Flores Galindo. Sánchez calibró perfectamente el sentido de la vida de Mariátegui.

Más allá de lo místico, Mariátegui, dice Sánchez, buscaba nuevos temas, y los encontró en la literatura. Se interesó en el circo y, naturalmente, en los caballos: «Circo proletario, vagabundo, dolido, con un signo fatal, sin raíz, anticapitalista, fingidor, proletario...» (p. 14, c. 3). Y: «Por lo que tiene de azar, de aventurero, de posibilidad, de infinito, de inesperado, iba a las carreras, las seguía con afán» (p. 14, c. 3). Posteriormente, Mariátegui se internaría, pero de manera fugaz, en «el pintoresquismo nacional». Escribió «Las Tapadas» con Julio Baudoin, «La Mariscala» con Valdelomar, y ganó un premio literario con «La procesión tradicional», entre otros versos. Pero advierte Sánchez que Mariátegui no amó realmente esta veta. No fue costumbrista ni lo sedujo lo pictórico nacional. «Mariátegui se definía mejor en esa fuga: místico, no ascético (es decir, no colonial); nacionalista, no costumbrista, revolucionario no levantisco» (p. 14, c. 4) o, más bien, insurgente, como lo revelan los debates en los que se enfrascó: sobre Oxandaberro, con José de la Riva Agüero o con Enrique López Albújar, así como su participación en el famoso caso de la danza de la bailarina Norka Rouskaya en el Cementerio de Lima, y su colaboración en la revista *Colónida* de Valdelomar-More.

Pero la garra insurgente de Mariátegui, dice Sánchez, derivó también por la política, fundando el Partido Socialista. Disconforme con la política criolla, el marxista peruano, por medio de las páginas de *El Tiempo*, luego de *La Razón* y después de *La Noche* (en oposición a *El Día* de Octavio Espinosa) satirizó con suma inteligencia a nuestros políticos. Paralelamente emergía en su espíritu la vena antimilitarista que trasladó a sus columnas, lo que ocasionó un hecho bochornoso y abusivo: «un grupo de oficiales fue a buscar a la redacción de *El Tiempo*, al indefenso José Carlos, débil, enjuto, cojo, y le golpeó» (p. 14, c. 5-p. 15, c. 1).

6 Sánchez describe la rutina de Mariátegui: «A media noche, cenaba en los Balkanes. Nunca, ni aun cuando mayor fue su mal, tuvo el perfil más aguileño, la tez más pálida, los ojos más profundos, negros y brillantes que en esas jornadas de bohemia aristocrática y turfística [...] Lo llamaban solo Juan Croniqueur. Con el cholo Meza compartía a menudo polémica, chop y salchichas de Frankfort en el café Berlín; helados de biscuits o guindas donde Giacoletti de la esquina de Boza; naranjitas con Yerovi en Giacoletti de la Avenida de la Colmena...» (p. 14, c. 2).

Hacia 1918, en medio de protestas sociales diversas, «[a]puntaba la demagogia estudiantil de Haya de la Torre» (p. 15, c. 1). Mariátegui seguía de cerca los acontecimientos políticos. Augusto B. Leguía tomaba el poder y *La Razón*, en crisis, debió cerrar. Mariátegui, junto a su amigo César Falcón, se encontraron desempleados y «aceptaron viajar al extranjero». En Europa, a Mariátegui: «Le tocó asistir a la época más aguda de la política mundial» (p. 15, c. 2): auge del comunismo en Italia y la respuesta fascista, y en Alemania la experiencia de un gobierno socialista: «fue aquella una ocasión de confirmar sus ideas socialistas, ya fijadas en la campaña de Lima» (p. 15, c. 2). De esta manera, la mirada de Sánchez contradice a la confesión del propio Mariátegui quien prefería olvidar sus escritos decadentistas propios de antes de su viaje a Europa, precisamente por no haber abrazado convicciones ideológicas y políticas. Para Sánchez, como vemos, el aprendizaje político y la inclinación socialista ya se habían manifestado en Mariátegui antes de 1919.

En el plano personal, Mariátegui conocería en Italia a quien sería su mujer hasta el final de su vida, Anna Chiappe, y en ese mismo país tendría a su primer hijo varón, Sandro. Sánchez no menciona la relación anterior que Mariátegui sostuvo con Victoria Ferrer, con quien tuvo a su primogénita, Gloria. Más parece prudencia que desconocimiento del cronista.

Entre las consecuencias fundamentales de la experiencia europea de Mariátegui, Sánchez menciona la siguiente: «convencimiento de la necesidad de organizar conciencia y grupo, antes de lanzarse a la acción, combatiendo el caudillismo, siempre provisional» (p. 15, c. 2). Si nos fijamos bien, reconoceremos que son casi los mismos términos que utilizó Mariátegui en su crítica a Haya de la Torre cuando este fundó el Partido Nacionalista Libertador. Sánchez los reitera conllevando implícita una crítica al líder del aprismo. Recordemos que aún no había pasado a las filas de APRA.

El regreso de Mariátegui al Perú no tuvo las resonancias que se cree, afirma Sánchez. Sus amigos estaban fuera del país o desperdigados, y Valdelomar ya había muerto. Haya de la Torre volvía de su viaje por Argentina y Chile (también Uruguay) «bastante cambiado». Juntos fundaron *Claridad*, señala Sánchez cayendo en un error, pues, como sabemos, quien creó dicha publicación fue Haya de la Torre y, ante su exilio en 1923, Mariátegui la dirigiría, al igual que la Universidad Popular Manuel González Prada. Ese mismo año, Sánchez viajaría fuera del Perú por largo tiempo, por ello confiesa que sus recuerdos no son muy claros, pero sí subraya que en *Claridad* Mariátegui llegaría a definirse proclamando la «fusión» del proletariado con los estudiantes universitarios.

En 1924, continúa Sánchez, Manuel Seoane, antes opositor de Haya de la Torre, enmienda el rumbo «y constituyó un grupo beligerante». El resultado fue la partida obligada de quien sería el segundo de Haya de la Torre en la dirigencia aprista hacia el exterior. Mariátegui recae enfermo y deben amputarle la pierna que estaba sana quedando confinado a una silla de ruedas. Sánchez confiesa con orgullo haber propiciado desde la revista *Mundial* una cruzada de apoyo a favor de su amigo. Aun enfermo, Mariátegui colaboraba en distintas publicaciones abordando temas literarios y políticos,

especialmente de la vida internacional. Cuenta Sánchez que para entonces Mariátegui manifestaba un nuevo ímpetu, y relata una anécdota notable: «Cuando, con [Percy] Gibson, fuimos –una noche a las doce, hora de brujas y parrandistas– hasta Leuro [donde vivía Mariátegui], para leer los versos presentados a los Juegos Florales, Mariátegui había recuperado su energía: era el mismo espíritu viril de siempre, optimista y agudo. Esa noche se resolvió premiar a Enrique Peña por ‘El aroma del silencio’» (p. 15, c. 5). Mariátegui, desde su silla de ruedas, desde «su cautiverio obligatorio», remarca Sánchez, iniciaría su etapa más fecunda. Nótese que se refiere a Mariátegui como viril y luchador, términos opuestos a los que Haya de la Torre le profiriera: doblegado por su enfermedad, débil e incapaz de asumir retos.

En la polémica que se entabló entre el poeta peruano José Santos Chocano y el filósofo mexicano José Vasconcelos, Mariátegui, Sánchez y otros se pusieron al lado del segundo. Como indica la historia, dicha polémica terminó en tragedia con el asesinato de Edwin Elmore a causa de un disparo de revólver por parte de Chocano. Inmediatamente, Mariátegui publicaría un artículo sobre Elmore en *Mundial*, que, a decir de Sánchez, fue «un voto de compañerismo y una inquisición en la conciencia del momento». Coincidentemente, Mariátegui funda la Editorial Minerva y la revista *Amauta*, luego de varias reuniones por definir el nombre con Basadre y el propio Sánchez. Dice este sobre Mariátegui y su revista: «Abogó por el vanguardismo literario, como peldaño del avancismo político, económico y social» (p. 16, c. 1). A contracorriente de lo que sostendrían después los líderes apristas, para Sánchez la literatura y la actividad política no estaban desconectadas, por el contrario, esta abría el camino a aquella.

También en *Mundial* Mariátegui asumiría la columna «Peruanicemos el Perú», sucediendo a otro gran periodista, Ezequiel Balarezo Pinillos. En esa época es cuando advino la famosa polémica del indigenismo con el propio Sánchez, quien le rinde un tributo ejemplar: «Mariátegui irrumpía, pues, decididamente campeonando en el problema indígena. Su ‘Proceso al gamonalismo’ de *Amauta* es una prueba elocuente de ello» (p. 16, c.3). Resulta una concesión amical de parte de Sánchez omitir el carácter ríspido de la polémica sostenida con Mariátegui, que además involucró a muchos otros escritores-intelectuales.

Siempre por medio de la Editorial Minerva, Mariátegui publicaría *Labor*, en cuyas páginas, sostiene Sánchez, «se traducían, mejor que en parte alguna, la pasión socialista de José Carlos» (p. 16, c. 4). Nuestro cronista afirma que el antecedente inmediato del socialismo de Mariátegui fue el aprismo, y en sus primeros momentos fue uno de sus integrantes más entusiastas. Pero aclara: «Consideraba al Apra como una estancia, como un pródromo, como un punto de partida» (p. 16, c. 4). Recuerda que en carta a Seoane, Mariátegui le advertía sobre los peligros de fomentar los «caudillismos incipientes» y que lo más conveniente era integrar al APRA al Partido Socialista que había ya fundado. Seoane contestaba que se abría una divergencia entre Mariátegui, Haya de la Torre y él mismo. Sánchez confiesa: «Charlando con Waldo Frank [...] le oí decir a Mariátegui:

‘mi opinión es que antes que todo empeño, hay que organizar seriamente y formar conciencia de clase’. Frank aprobaba aquello, contra el criterio que exige acción inmediata con cargo de improvisación» (p. 16, c. 4). Por lo que podemos ver, en ese momento, Sánchez coincidía con Mariátegui y marcaba distancias con Haya de la Torre.

La invitación a Frank, según Sánchez, cimentó el optimismo de Mariátegui acerca de que sí era posible agrupar, reunir a gente diversa. Fue el propio escritor estadounidense quien, junto con el periodista argentino Samuel Glusberg, lo animó a viajar a Argentina para establecerse, además de su interés por mejorar su salud. Sánchez partió para Santiago y en la universidad planteó la posibilidad de que Mariátegui ofreciera algunas charlas. «La muchachada chilena aclamó su nombre» (p. 16, c. 5), rememora. Mariátegui les dirigió una carta.

La gestión académica de Sánchez a favor de Mariátegui no puede dissociarse de su gestión política. Promovió la reunión secreta de este con los representantes de las células apistas en el exterior a celebrarse en Chile. Mariátegui no pudo llegar a tiempo para cumplir con estos compromisos: se le fue la vida. Eduardo Barrios algo intuía cuando le comentó a Sánchez que «Hay tan desesperado optimismo en esta carta, que tiene un sabor a testamento». Para el 10 de abril Mariátegui ya estaba en la clínica Villarán y moriría pocos días después, el 16 de ese mismo mes.⁷ Los homenajes se sucedieron en Argentina, Uruguay, Chile y Cuba. El más insignificante fue el que le brindó la prensa peruana. «Hay quien le ha enrostrado, después de muerto, el haber sido dueño de un bello estilo, sin reparar que más bella fue su actitud moral y que bajo el estilo afluía un pensamiento robusto y definidamente sistematizado y porvenirista» (p. 16, c. 5). Hubo que realizar colecta para su entierro. Más allá de las discrepancias en torno a su figura y obra, Sánchez encuentra «un punto de concentración [...] la de que fue un Hombre». Así, con mayúscula, enfatiza Sánchez para dar fuerza a la idea de la agonía de Mariátegui, quien desde niño debió superar muchas y distintas adversidades. Las palabras de Sánchez revelan la afinidad y ponderación de un entrañable amigo.

* * *

Del segundo número de *Presente* (enero de 1931) solo he podido conocer, por razones fortuitas,⁸ el artículo de Marcel Brion sobre Eguren, «Eguren, el poeta pintor» en donde señala: «Sus cuadros representan lo más a menudo, paisajes fantásticos, retratos extraños; pero siempre obras en que los sueños tienen mayor parte que la realidad. Sería sorprendente que no halláramos en sus poemas las mismas cualidades en su pintura, y que el escritor no nos dé una imagen tan personal como el autor de “La niña de la foca”, por ejemplo».

* * *

7 Sánchez refiere en este texto, como en muchos otros, que se enteró del fallecimiento de Mariátegui el 19 de abril, leyendo en el periódico sobre su sepelio, en el puerto del Callao, cuando regresaba de Chile.

8 Mi esposa, Isabel Cristina López Eguren, está realizando una investigación sobre la familia del poeta simbolista, y en su búsqueda recibió de una familiar fotocopia del artículo mencionado.

La realidad nacional, vista por Honorio Delgado

El número 3 inicia con el artículo central firmado por Honorio Delgado,⁹ «La realidad nacional», que es un comentario al libro de Víctor Andrés Belaunde del mismo título, y que le sirve para criticar subyacentemente las ideas revolucionarias del momento, cuando dice: «No porque la democracia sea una forma insatisfactoria de gobierno, y no porque la civilización de halle en descomposición, ha de considerarse legítima toda ‘inquietud’, toda rebeldía y toda novedad ideológica de sujetos pobres más de vida interior que de medios materiales. Mucho menos cuando se trata de aprovechar la insipiente y el contagio mental propalando en la multitud mendaces programas de revolución social disolvente, en los que alienta el odio y la envidia como sus fuerzas propulsoras y cuyo efecto sería la reversión del hombre de la forma gregaria a la forma gregaria de la horda bestial» (p. 1, c. 2-3). La crítica está dirigida a Mariátegui y a los marxistas, que son con los que polemiza Belaunde, precisamente; la identificación de Delgado es con su coterráneo.

Las líneas iniciales del artículo son un devastado análisis de la situación social y cultural de ese entonces. «En épocas de anonadamiento, en las que la existencia social pierde su plenitud anímica y su coherencia orgánica, los males se agravan progresivamente por la misma falta de consistencia de la civilización: los individuos débiles, que en otros tiempos, *ceteris paribus*, se mantendrían en la esfera de la sensatez, caen en desviaciones viciosas» (p. 1, c. 1). Delgado sostiene, además, que existe un «extravío hacia la animalidad [...] que embota o anula el sentimiento del deber bien entendido» (p. 1, c. 1). Es necesario tomar en cuenta que ya había estallado la gran crisis capitalista de 1930, que generó una atmósfera que puede explicar las líneas transcritas. Por otra parte, no eran lejanas las consecuencias de la Gran Guerra (1914-1918) y la sensación de decadencia que generó en Occidente.

Delgado encomia el libro de Belaunde porque considera que se enfrenta a las mencionadas ideas revolucionarias sobre las que otros callan. Asimismo, destaca su «examen analítico y constructivo», especialmente luego que el Perú ha salido del régimen corrupto de Leguía y cuando se cierne la amenaza de un gobierno dirigido por «la más turbia y cenagosa oclocracia».

En la descripción de *La realidad nacional*, Delgado afirma que la primera parte está centrado a la crítica del libro de Mariátegui, *7 ensayos*, reconociendo sus aportes y criticando sus desaciertos según cada tema que este abordó (bases económicas, la instrucción, el regionalismo y el centralismo, el problema religioso y la evolución de nuestra cultura): «[...] obra que representa el esfuerzo más importante y sistemático de la ideología comunista aplicado a la inteligencia de la vida de nuestro país, en la cual

9 Honorio Delgado fue un distinguido psiquiatra y filósofo. Nacido en Arequipa en 1892, pertenece a la misma generación de Sánchez, Basadre, Spelucín y otros, es decir, a la del Centenario de la Independencia. Fue un temprano introductor del psicoanálisis en el Perú. Colaboró en *Amauta*, de Mariátegui, y se separó de *Mercurio Peruano*, de Belaunde, aunque sus ideas lo acercaban al segundo y no al primero.

mostró Mariátegui las elevadas dotes de su espíritu penetrante y vigoroso aunque polarizado por su fanatismo» (p. 1, c. 3). Obviamente, este adjetivo desplaza a los elogios anteriores, aunque el reconocimiento de Delgado seguro tiene relación con la apertura de Mariátegui con la perspectiva psicoanalítica; apertura que poco tiene que ver con el fanatismo que Delgado cree descubrir en el pensador marxista.

La segunda parte, reseña Delgado, está referida al momento reciente del Perú, es decir, a la tiranía leguista, abordada desde temas más políticos del leguismo, como el origen de la tiranía, su política internacional y el empréstito, su gestión económica, así como la política internacional, el problema universitario, la necesidad de una filosofía constructiva, entre otros. En su balance, resume del siguiente modo el aporte de Belaunde: «La obra del doctor Belaunde trata, en forma orgánica y brillante, todas las cuestiones de las cuales debe estar informado el peruano culto y patriota» (p. 1, c. 3).

Posteriormente, aborda el tema indígena, resaltando la tesis de Belaunde que ha ofrecido desde 1908,¹⁰ en la cual sostenía que la cuestión social por excelencia del Perú es el problema del indio. Delgado, hace suyo el juicio del propio Belaunde, quien señalaba que el racismo, que atribuye a Mariátegui, no forma la nacionalidad, sino que por el contrario, la disuelve. Además, Delgado concuerda con Belaunde en el papel integrador y positivo del catolicismo en la vida nacional. Por otra parte, destaca la posición intermedia de Belaunde, quien no acepta el capitalismo privado ni el capitalismo socialista de Estado, sino que propone el equilibrio armónico entre el capital y el trabajo, muy dentro del pensamiento social de la Iglesia. En cuanto al regionalismo, el autor de *La realidad nacional* preconiza un concepto «amplio y mitigado». Y la misma posición intermedia se encuentra en su análisis sobre la literatura, que –sostiene– no puede ser indigenista resentido ni europeísmo importado.

Delgado recomienda especialmente el capítulo dedicado a la cuestión religiosa, que «Constituye una síntesis cumplida de las vicisitudes de la vida religiosa en nuestro país en relación con las de la historia» (p. 1, c. 4). Destaca luego la posición de Belaunde frente al socialismo, señalando que sus ideas: «encarnan una fina y decisiva crítica de los empeños de determinados sectores socialistas para cubrirse con el manto de una nueva religión que no podría ser más que la idolatría del hombre como materia sin alma, con liturgia de factoría, o de un quimérico mesianismo inconsistente e inconsecuente» (p. 1, c. 4). También destaca el programa reformista del autor arequipeño y su propuesta de reorganizar las instituciones. En resumen, Delgado coincide con Belaunde en su plan evolutivo reformista basado en el pensamiento católico.

No obstante, Delgado también encuentra algo que criticar en la obra de Belaunde, y es la escasa importancia que este le da al tema de las élites, a su formación y selección. Ahí es donde, sostiene, cumple su papel primordial la universidad: «Solo con personal selecto, con educación según tipo ideal definido y con unidad espiritual es posible hacer universidad cumplida» (p. 2, c. 1-2). En parte de su argumentación

10 Se refiere a *El Perú antiguo y los modernos sociólogos*.

final, Delgado vuelve a destacar el papel que a su entender cumple la Iglesia católica en la conformación individual y social: «En la concepción católica, la comunidad merece el mismo reconocimiento e interés que el individuo. Colectividad y persona constituyen como los dos focos de la elipse del reino de Dios, el cual no se cumple solo en el otro mundo, sino que se realiza en el de aquí y ahora, gracias a la consideración y al orden de la vida individual y social en relación con sus finalidades últimas» (p. 2, c. 4).

No pueden haber dudas acerca de que Delgado se siente más cercano a Belaunde que a Mariátegui, básicamente por dos razones: primero, por compartir la fe católica, y, segundo, por el sentido evolutivo de la vida, lejos de los remezones que suelen ser las revoluciones, que Mariátegui releva. La postura de Delgado es razonada e inteligente, aunque no siempre libre de polémicas. El comentario trasluce sin reservas la posición que asume el autor. En ese sentido, es un polemista, alguien que quiere promover el debate de ideas en el Perú. Por ello celebra el libro de Belaunde, y lo confronta con el de Mariátegui, dos de los grandes referentes del universo de ideas peruano.

Sin embargo, siendo cierto lo anterior, ello no significa que la revista *Presente* siempre optara, o pretendió que sus colaboradores optaran, por una posición ideológica definida. En breves líneas, bajo el título «Literatura y política», José Jiménez Borja defiende al poeta que se aleja de los problemas sociales tomando en cuenta las obras de Pablo Neruda y Jorge Luis Borges: «reconozcamos la libertad del poeta para divagar sobre el problema de la mujer, de la estrella o de la nube, con prescindencia de todo lo demás» (p. 2). Le faltó mencionar a nuestro poeta simbolista, José María Eguren, calificado por Mariátegui como el poeta puro por excelencia.

El resto de las páginas de *Presente* está dedicado a temas variados, especialmente el arte pictórico moderno con un homenaje a Jorge Vinatea Reynoso, quien había fallecido hacía poco tiempo (escrito por Carlos Raygada), un análisis de las pinturas de José Sabogal (de Jorge Basadre); asimismo, encontramos textos de análisis literario como, por ejemplo, sobre la trayectoria de César Vallejo (de Alcides Spelucín, quien lo define como «un poeta que quiere remozar la vida»); o notas sobre «Cinema de los sentidos puros», de Enrique Peña Barrenechea; una carta a Juana de Ibarburu de Enrique Bustamante y Ballivián («Para usted el sol, la esperanza, son más fuego que luz»); también una carta polémica dirigida a Victoria Ocampo escrita por Luis Alberto Sánchez quien discute sobre americanismo y europeísmo a propósito de *Sur*, la gran revista dirigida por la escritora argentina. La presentación del poema «Las ínsulas extrañas» de Emilio Adolfo Von Westphalen es un hecho de gran trascendencia para una revista como *Presente* que se inscribe en el vanguardismo.

Notas para una explicación

Como señalé en las líneas introductorias, *Presente* apareció un contexto político altamente conflictivo y cuando, culturalmente hablando, el país ingresaba a un tiempo de oscurantismo. Parece que en ciertos momentos históricos confluyen acontecimientos de diversa índole que les dan un carácter extraordinario.

A la caída del oncenio leguista y el control del poder por una nueva expresión del militarismo, deben sumarse hechos como la muerte de Mariategui y, consecuentemente, la extinción de sus revistas *Amanta* y *Labor*, a lo que se debe sumar la desaparición de la gran publicación editada en Puno, *Boletín Titikaka*. Estas desapariciones físicas y culturales marcaron el inicio de un nuevo momento histórico, aunque para desgracia del Perú, de uno regresivo. De esta manera, *Presente* es heredera del impulso cultural previo a la crisis de 1930 (tiempo tan prolífico en obras y hechos fundacionales), pero apareció cuando las condiciones sociales, políticas y culturales habían mudado dramáticamente. A pesar de su alta calidad intelectual y profundidad de pensamiento no tuvo mayor aliento, o lo tuvo solo hasta llegar a tres entregas. En ese sentido, y no obstante lo proclamado en su primer editorial («Ni el pasado ni el futuro ni lo de hoy»), *Presente*, fue una revista extemporánea.

Más allá de lo mencionado, es justo rescatar dicha publicación y valorarla. Las firmas de sus colaboradores bastan para justificar su atención; estos trataron de influir en el intercambio de ideas, no solo peruano, pero la vorágine política (se anunciaba la guerra civil entre apristas y el ejército) arrasó con cualquier pretensión intelectual. Había llegado la hora de las armas, del combate y no del debate. Los años treinta estarían signados por la represión, los enfrentamientos y las pasiones políticas llevadas a sus extremos. Años que provocaron consecuencias que el Perú tardó buen tiempo en superar.